

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

---

---

## Diversos criterios en España con relación a la guerra

No cabe duda que España ha respondido bien elocuentemente, y llena de satisfacción a la vez, a la dirección política que el Gobierno la ha trazado en presencia del horrendo conflicto que en el mundo se desarrolla, y del cual no es posible sustraerse en absoluto por buena voluntad que haya para ello y por lejano que se encuentre un pueblo de los lugares en donde militarmente se halla planteado. Los primeros pasos dados por nuestro Gobierno en el sentido de la neutralidad fueron en general bien recibidos; hubo alguna oposición, pero escasa, que pensando en los resultados de la guerra más que en su iniciación y sus causas, creyó que nosotros debíamos tomar parte en ella, sino por medio de las armas, al menos, inclinando nuestras simpatías oficiales y nuestros votos a favor de uno de los dos grupos contendientes.

Pero el hecho de que la opinión pública española se manifestara neutral ante el conflicto, en el sentido de que España debiera permanecer ajena a la conflagración mayor que los siglos han visto, no quiere decir que el público español se haya mostrado reservado en cuanto al juicio que la guerra le mereciera. Las causas de la guerra, la razón que pudiera haber para promoverla y la responsabilidad de la misma, que por ser tan grave ante la Historia, nadie quiere aceptar, se han examinado en nuestro país con tanta vehemencia, reflejada especialmente en la prensa, que fácil es hacer un trabajo, sin temor a equivocaciones, en el que se condensen las distintas orientaciones y simpatías que la guerra actual ha producido entre nosotros.

La opinión pública se ha revelado francamente de dos modos: a favor de Alemania y Austria, singularmente de la primera de estas naciones, o poniéndose al lado de los aliados, expresando con esta actitud las simpatías por Francia e Inglaterra.

Y esta diferencia en la manera de apreciar la guerra actual ha coincidido con las diferentes tendencias políticas del país, hasta el punto que desde el mes de Agosto último parece que a los programas políticos de nuestros partidos, se ha añadido como conclusión esencial, como credo antepuesto a todo otro, la aspiración de que triunfen unos u otros de los beligerantes según el lema y los propósitos con que se presenten en la vida nacional. Así sucede, que los partidos

llamados *retrogrados*, *reaccionarios*, son franca y entusiásticamente germanófilos; y en cambio, los que reciben su orientación de la izquierda se muestran completamente identificados con el éxito de las armas aliadas.

En España, aun sin saber la escuela política en que cada uno milita, pudiera decirse que basta oírle hablar de la guerra para conocer cuál es su significación en la vida pública nacional.

Y esta diferencia en la manera de apreciar la guerra, según el criterio de política interior, ¿está justificada? ¿Es justo, lógico, que los elementos todos del país que desean el triunfo de Alemania, tanto por lo menos como pudieran desear el de su propia patria, conserven esta actitud?

Para desentrañarlo sería preciso llenar muchas cuartillas y hacer un estudio de antecedentes que hasta fecha algo remota nos llevaran.

No es tal nuestro intento, sino simplemente le limitaremos a exponer a la ligera unas cuantas impresiones relativas a la mayor o menor razón que puede asistir a los que juzgan en España la guerra actual en la forma que ostensiblemente lo hacen.

Los elementos armados de la nación están incuestionablemente al lado de Alemania. Salvo pocas, muy pocas excepciones, nuestros militares se sienten francamente germanófilos. Su actitud es bien explicable: hay en todas las colectividades un espíritu de solidaridad, de clase pudiéramos decir, que lleva a los que las forman, con harta facilidad a apreciar y hasta ensalzar legítimamente las organizaciones análogas que mejor se hallan preparadas para cumplir con su cometido.

Y nuestros militares, con ese espíritu de clase a que aludimos, forzosamente tienen que ver en la *férrea* disciplina militar alemana, un grado de superioridad con relación a los demás ejércitos, y la identificación del pueblo alemán con sus institutos armados, cifrando en sus éxitos la grandeza del Imperio, es motivo más que suficiente para que produzca admiración honda entre los profesionales, la nación que ha sabido prepararse mejor que ninguna otra para un «casus belli».

Hay también parte de la opinión pública española que se siente *germanófila*, no sólo por su admiración hacia las grandezas de Alemania—por nadie que sinceramente piense desconocidas—sino por hostilidad patriótica a la historia de Inglaterra y Francia. La usurpación de ese pedazo de territorio nacional, que se llama Gibraltar, que la primera detenta, y nuestra gloriosa guerra de la Independencia, son recuerdos que excitando el sentimiento patriótico les pone a muchos en actitud de enemiga *irreductible* con los intereses que representan las naciones de la «Triple entente» en la actual guerra.

A muchos he oído decir: «No concibo que haya español que sienta simpatías por Inglaterra, cuando esta nación ha sido la causa de nuestra decadencia, de que España no haya podido realizar sus aspiraciones nacionales». Si perdimos Portugal por culpa suya fué; si el año 60 nuestra victoriosa guerra de Africa no tuvo el resultado que el heroísmo de nuestro Ejército podía esperar, fué porque la pérdida Inglaterra, como siempre con nosotros, se opuso a nuestro camino; y si todavía tenemos que sufrir la afrenta de ver dentro de nuestro territorio la bandera extranjera, es porque fuimos víctima de una expoliación escandalosa, que imposibilita toda inteligencia, y aún corrientes de simpatía de nuestros corazones hacia el Reino Unido.

Intérprete elocuentísimo de este modo de pensar, más bien pudiéramos decir sentir, lo ha sido uno de los cerebros más privilegiados de nuestra patria,

uno de nuestros políticos más cultos, quien con su verbo insuperable y su gran autoridad, ha contribuido a formar este estado de opinión desfavorable en España para las potencias aliadas. Excuso decir que me refiero con estas palabras a nuestro gran Vázquez Mella, y le llamo «nuestro» porque los genios nacionales, de la patria son, sin que sea permitido empequeñecerles atribuyéndoles una significación meramente partidista.

¿Podrá ser acertada esta manera de apreciar la situación? Si las relaciones internacionales se rigieran por el sentimiento nada más, acaso, pero siendo fruto del cálculo y de la conveniencia como lo ha acreditado siempre la Historia, y más que nunca la actual conflagración, pretender llevar a la patria por derroteros que no señalen la realidad y circunstancias del momento, lo estimamos equivocado, no obstante ser muchos y de gran valía los que este criterio no sustentan.

Si los hechos pasados, aún en fecha lejana, y los sentimientos patrióticos que como consecuencia de ellos se formaran, fueran la única razón para regular las relaciones entre los pueblos, inadmisiblemente resultaría que Francia e Inglaterra, constantemente enemigas hasta ahora, se hubieran puesto de acuerdo para defender conjuntamente sus intereses.

Sensible es para el orgullo nacional español que nuestra *Invencible* desapareciera bajo la acción de las naves inglesas; que no hayamos podido realizar la Unión Ibérica porque nuestra enemiga de entonces facilitó la separación de Portugal; que Gibraltar se halle en poder de los ingleses; pero mucho más reciente que todos estos hechos históricos que a nosotros nos conmueven hondamente, está la postergación francesa en «Fachoda», y sin embargo, a raíz de ella llegaron a concertar la «entente» Francia e Inglaterra: la potencia postergada y la «orgullosa» nación que la postergó. Si al sentimiento nacional se hubiera atendido exclusivamente Austria, después del desastre de Sadowa no hubiese pactado la alianza con Prusia, ni en ella hubiese entrado más tarde como tercera potencia Italia, teniendo en cuenta su pasado histórico con Austria; triple alianza que subsistiría aún si la guerra actual no la hubieran hecho los Imperios centrales de carácter ofensivo, como lo ha entendido la tercera nación aliada para desligarse del compromiso; y menos aún se concebiría que Rusia y el Japón obraran ahora de acuerdo después de la guerra de la Mandchuria.

¿Qué indica todo esto? Que los grandes estadistas, al dirigir los destinos de sus respectivos países, anteponen al sentimiento nacional, producto de la Historia ya pasada, la razón fría de la conveniencia o utilidad, y cuando este criterio es aceptado por todos y en todas partes, España no debe ser una excepción que con su espíritu quijotesco quiera cambiar la marcha natural de las cosas, ni rectificar la lección que los demás la dan.

Razones de conveniencia son las que a España deben aproximar a la política de los aliados: razones de vecindad e intereses comunes en el Mediterráneo y en Marruecos, hicieron que nuestros políticos gobernantes, sin distinción de matices, lo entendieran así. Esta significación tuvieron los acuerdos internacionales a partir del 904, en que a España por indicación de Inglaterra se la dió intervención directa en la política marroquí, y la entrevista de Cartagena llevada a efecto bajo los auspicios del gobierno de Maura y a presencia de éste, denota bien claramente la orientación internacional de nuestra política.

Hay gentes también en nuestro país que simpatizan con «el Dios éxito». Serán germanófilas, si creen que el triunfo de las armas se ha de inclinar a favor de Alemania; dejarían de sentir simpatías hacia esta nación, si la realidad no respondiera a lo que ellas se han forjado en cuanto al poder «invencible» de sus armas. Por este motivo, ha sido de notar que al comienzo de la guerra, cuando los ejércitos del Kaiser iban de triunfo en triunfo, arrollando a las fuerzas belgas, inglesas y francesas que intentaban oponerse a su invasión en Francia, cuando se creía ya fácil la toma de París por los alemanes, que a sus puertas llegaron, el número de partidarios de Alemania fué mucho mayor que el que después ha habido, con ser siempre grande.

No creemos que ni siquiera merezca una seria crítica esta manera de pensar. El triunfo definitivo podrá deberse a la fuerza de las armas; el grupo de beligerantes que tenga mayor y mejor armamento, que mejor preparado se hallase para la lucha, deberá vencer; pero el triunfo no significa que la razón y la justicia estén forzosamente del lado de quien le obtenga.

Si no se quiere consagrar como ley de justicia y de razón la del más fuerte; si pretendemos conservar lo que apreciábamos ya como síntoma de progreso, dando la razón a quien la tenga, no al que logre imponerse por la fuerza, habrá que convenir que entre Bélgica atropellada y Alemania invasora porque así la convenía, la razón, la justicia y el derecho están de parte de la primera, siquiera sus valerosos soldados, sus fuertes y sus cañones hayan resultado impotentes para contener la invasión.

No puede admitirse que prevalezca para siempre la razón del más fuerte, el derecho del poder, no el poder, la fuerza y eficacia del derecho.

Sobre todo, las naciones débiles, y entre ellas hay que reconocer que se halla la nuestra, por egoísmo, ya que no por principios de moral, tienen que rechazar semejante manera de razonar.

El aceptarlo equivaldría a negar el derecho de existencia al débil, sería proclamar como verdad inconcusa el principio *desenfadadamente* expuesto por el general von Bernhardt: «Las naciones débiles no tienen el mismo derecho a vivir que una nación potente y vigorosa». De erigir esta máxima en principio de justicia y de moral, ¡qué consecuencias tan funestas se derivarían en todos los órdenes! Los seres débiles individuales o colectivos, que por lo mismo que son débiles necesitan más la protección y ayuda, deberían forzosamente desaparecer ante las exigencias del poderoso.

Pero ¿qué naciones deben considerarse débiles y ser materia de absorción por otras? ¿Las que tienen poca fuerza armada? ¿Las que por su pequeña población, extensión territorial o carencia de recursos, no pueden tenerla? Pues entonces, la desgraciada Bélgica, a pesar de ser nación que camina a la vanguardia del progreso, que como modelo de organizaciones podría tomársela, debiera ser de las primeras llamadas a desaparecer.

Si así fuese, la inmensa mayoría de las naciones se considerarían como superiores a la diminuta Suiza, y pocas o ninguna pueden ostentar como ella toda clase de progresos y adelantos: en el régimen político, ampliamente liberal y sobre todo democrático, en sus instituciones sociales, en su funcionamiento municipal, en los órdenes de la higiene y de la enseñanza, en todo en fin por lo que se puede juzgar el grado de prosperidad de una nación, ella puede ser presentada como prototipo, y habría que negarla hasta el derecho a la vida, que sería tanto como declararla incapaz de regirse por sí misma, si la ley del más fuerte fuese la que en definitiva prevaleciera.

La grandeza espiritual de un pueblo, que es la verdadera grandeza, a veces no está en relación con su extensión. Las pequeñas nacionalidades, las de 1 metro 65, como con su ironía proverbial las calificó Lloyd George, tan despreciadas por el actual Imperialismo, han dado en todos los momentos de la historia elocuentes ejemplos de lo que valen, quizás más que cuando llegaron a extender considerablemente sus dominios.

A este propósito es interesante consignar lo que escribe James Bryce:

«Los griegos eran un pueblo pequeño, no unido en un gran Estado, sino desparramado por las costas y las colinas en pequeñas comunidades ciudadanas, cada una con su propia vida, no muy numerosas, pero vehementes, inquietas, intensas. Nos dieron la más rica, la más variada, la más estimulante de todas las literaturas».

«Cuando reaparecieron la poesía y el arte, después de la larga noche de la Edad Media, sus más espléndidos brotes florecieron en las pequeñas Repúblicas de Italia».

«En la Europa moderna, ¿qué no debemos a la pequeña Suiza por haber encendido la antorcha de la libertad hace 600 años y por haberla conservado encendida a través de todos los siglos mientras las monarquías despóticas dominaban en el resto de Europa? ¿Y qué no a la libre Holanda, con sus grandes hombres de ciencia y sus pintores, superando a todos los de los demás países, salvo Italia?»

«Así también las pequeñas naciones escandinavas han dado al mundo famosos hombres de ciencia, empezando por Linneo, poetas como Tegner y Björnson, intrépidos exploradores como Fridthiof Narsen. En la época de Shakespeare, Bacon y Milton, Inglaterra tenía una población poco mayor que Bulgaria hoy. Los Estados Unidos contaban con menos habitantes que Dinamarca y Grecia en los días de Washington, Franklin, Jefferson y Hamilton».

«Al tiempo de las dos generaciones más brillantes de la literatura y pensamiento alemanes, en la época de Kant, Lessing y Goethe, de Hegel, Schiller y Fichte, no existía el Estado alemán, sino un montón de principados y ciudades libres, centros independientes de vida intelectual, en los cuales las letras y las ciencias produjeron una cosecha más rica que en las dos generaciones siguientes, del mismo modo que tampoco Inglaterra, con ocho veces más población que en 1600, ha producido más Shakespeares y Miltons».

De todas las opiniones favorables a la acción alemana que se manifiestan en nuestro país, ninguna tan digna de mención como la que reflejan los elementos que a sí mismos se llaman católicos, como si los que no pensarán como ellos no debieran estar incluidos en el seno de la Iglesia.

¿Es lógico que los católicos españoles, como tales católicos, admiren y rindan culto tan ferviente a Alemania? ¿Se puede compaginar bien, dentro del dogma, que la patria de Lutero, Kant, Krause, Hegel, Fichte y Nietzsche, entre otras glorias de las que pueden envanecerse legítimamente los alemanes, inspire esos sentimientos de identificación que inspira a nuestros católicos?

Difícil nos ha parecido siempre obtener una contestación satisfactoria a esta pregunta.

Cuando a elementos católicos se la hemos formulado, nos hemos encontrado con explicaciones que conviene consignar.

Algunos nos han dicho que las invocaciones constantes del Kaiser, revelan un espíritu religioso del que otros pueblos están desprovistos. Si por esta razón fuese, sin pensar en la religión a que el Kaiser pertenece, de igual modo nuestros católicos podrían entusiasmarse con las invocaciones religiosas del Zar, del Sultán de Turquía o del de Marruecos. La misma China o la India podrían entusiasmarnos, pues sus prácticas religiosas están tan de manifiesto como pueden estar las del Kaiser.

Pero la manera de pensar de éste, no revela el común sentir del país. Si Alemania fuese el país religioso por excelencia, no se hubiera desarrollado en él, como en ningún otro, el materialismo histórico, negación de toda idea religiosa. Sabido es que el socialismo ha tenido en Alemania más prosélitos que en ninguna otra parte, y a los que así piensan, no se les podrá atribuir espíritu religioso.

En 1912, cuatro millones doscientos cincuenta mil electores socialistas llevaron 110 representantes al Reichstag.

Por la filosofía en que se basa su programa—ha dicho Lichtemberger—el socialismo se opone radicalmente a la idea religiosa y la masa de sus partidarios—esto no lo duda nadie—admiten con Bebel que «el cristianismo y el socialismo son uno para otro como el agua y el fuego».

¿Se puede sostener seriamente que la patria de Nietzsche, cuyas teorías tanta aceptación han tenido en ella, sea tan unánimemente creyente como muchos se figuran? ¿Es que la creación del tipo del «superhombre» debida a este filósofo, puede estimarse como concepción religiosa?

El «superhombre» ocupa el puesto que ha quedado vacante por la «muerte de Dios», afirma Lichtemberger al comentar la teoría de aquél.

El «superhombre» es la razón de ser de la tierra—enseña Nietzsche por boca de su personaje Zaratusira—«Vuestra voluntad debe decir—añade—«que el superhombre sea la razón de ser de la tierra».

¡El Kaiser se ha hecho católico aunque razones de Estado le obliguen a ocultarlo!

Hemos llegado a oír esta afirmación. Suponerlo siquiera equivale a olvidarse de toda la significación religiosa de los Hohenzollern. ¡Se ha hecho católico!

El Barón Beyens, acreditado varios años como diplomático en la Corte de Berlín, al hablar de la Emperatriz Augusta Victoria dice:

«El rasgo distintivo de su carácter es un protestantismo rígido, intransigente, no tolerando la presencia de ninguna dama católica entre las damas de honor, ni ninguna sirvienta de la misma confesión entre las domésticas de Palacio».

Decimos que el atribuir espíritu católico al Kaiser significa olvido de la religión de los Hohenzollern, y con efecto, la hegemonía de estos sobre los Hapsburgos, cuando ambas familias se disputaban la dirección de los destinos germanos, fué precisamente la preponderancia de la protestante Prusia sobre la católica Austria.

Que esta significación tuvo el éxito alcanzado por Prusia sobre su rival Austria lo justifica la política seguida a raíz de la constitución del Imperio, de abierta hostilidad por parte de Bismarck a los elementos católicos; política reflejada admirablemente por el funcionamiento del «Kultur Kampf», cuyos pre-

ceptos, prohibiendo la entrada de los jesuitas en Alemania, no fueron derogados hasta el año de 1904.

Mas ya no son aquellos tiempos, exclaman los que suponen un cambio radical en Alemania en favor del catolicismo. Y así parece, si nos fijamos en la fuerza política que representa el Centro católico. Este partido, en realidad, viene siendo objeto de una acción atractiva por parte de los Poderes públicos; pero los que ven en ella un cambio, o poco menos, en los sentimientos religiosos de los directores del Imperio, creo que fácilmente puede suponerseles equivocados.

La política de «entente» con el Centro católico no ha podido tener otra finalidad que sumar en ocasiones solemnes sus votos, necesarios en el Reichstag, a proyectos especialmente militares, que sin su concurso no hubieran sido aprobados.

Había que vencer a la *avalancha* socialista, y para ello eran precisos los votos del Centro.

Y en la política, estos apoyos no se consiguen sin mutuas concesiones.

El partido del Centro ha llegado en ocasiones a ser el árbitro de la situación, y por ello se ha aprovechado—y ha hecho bien—de su influencia.

Cuando se ha unido a los socialistas, no han podido conseguirse las leyes que el Gobierno proponía. Era preciso separarle de éstos y hasta ponerle enfrente, y esta es la política que necesariamente ha tenido que hacerse con respecto de él.

Véase cómo se explica el excanciller Bulow:

«Para un partido que está en una posición firme, la tentación de hacer una política autoritaria pura, es naturalmente muy grande».

«La seducción es doble cuando el Centro está en condiciones de formar la mayoría uniéndose con la Social Democracia y de impedir con su ayuda la votación de cualquiera ley que se presente». «Una mayoría compuesta del Centro y de la Social Democracia que haga resistencia a las aspiraciones de la nación, constituye no solamente un inconveniente, sino más aún, un grave peligro para nuestra vida nacional». Con anterioridad al año 1906, el Centro en distintas ocasiones se ha dejado conducir hacia la actitud sistemáticamente hostil de la Social Democracia, con respecto a los deseos de la nación, cuando él podía tener mayoría con este partido y juzgaba conforme a su política autoritaria molestar al gobierno precisamente oponiéndose a los ideales nacionales. «Aún, no obstante la tempestad pacificadora de 1906, se ha presentado varias veces el caso de que el Centro *para dar su asentimiento a las demandas nacionales*, impuso condiciones difíciles e irrealizables, sabiendo bien que sin su ayuda la formación de una mayoría nacional era imposible».

¿De esto se infiere que el sentimiento religioso del Kaiser y de sus gobiernos haya cambiado?

Nada de eso; con más razón podría afirmarse lo mismo en la política inglesa. En ella también se han hecho los árbitros de la situación los católicos irlandeses, cuya influencia en el Parlamento ha sido tal, con ser escaso el número de sus representantes, que en contra de una gran opinión han llegado a conseguir el ideal, hace tantos años por ellos sentido, del «Home rule» para su país, aún con peligro de promover una formidable guerra civil, y sin embargo, el espíritu protestante inglés predomina sobre el católico, y no se podrá por nadie sostener que el Rey de Inglaterra y sus ministros han abdicado de sus ideas religiosas, por esta conducta de tolerancia, y a veces de sumisión, con los católicos, que motivos *meramente* políticos, como en Alemania, han impuesto.

Comprendemos que se admire a Alemania por su gran desenvolvimiento y adelanto, por su gran progreso industrial, mercantil, económico, social, y sobre todo, por su ejército disciplinado y aguerrido, quizás como ninguno otro; pero ser *germanófilo* por la única razón de ser católicos, francamente, no lo entendemos.

EMILIO GÓMEZ DIEZ

## Canto al ensueño

A MIS AMIGOS

Este canto al ensueño ha tejido el poeta  
haciendo en sus jardines la vendimia mejor.  
Ha pensado en vosotros, amada turba inquieta,  
y en sus brazos trae una canastilla repleta  
de ilusiones de oro y de rimas en flor.

Sazonadas y nuevas, aun guardan el rocío  
en sus hojas y tienen aquel color y aquel  
brillar de gema antigua y aquel frescor de río,  
que hicieron muchas veces para el cansancio mío  
de cada flor un vaso gustoso de hidromiel.

Caigan sobre vosotros, ingenuos soñadores,  
sirviendo en cada frente de nido a un ideal;  
sean en vuestros hombros mantos de emperadores,  
en vuestras manos trémulas ramos bendecidores  
y a vuestros pies errantes como una senda astral.

Almas románticas y aventureras,  
dejad que vuelen camino al Sol,  
bajo el joyante cielo, señeras,  
libres y aladas vuestras quimeras  
como en el sueño de Jacob.

Dejad que vuelen hacia la altura,  
sus alas tenues presentirán  
en su giróvaga marcha insegura,  
cuál es la fuente sonora y pura  
de donde fluye lo ideal.

Haced, amigos, que nunca falte  
la roja flecha de una ilusión  
en vuestro cielo de azul esmalte.  
Que a vuestro día nunca le falte  
un recio ensueño temblador.

Igual que el árbol que hunde su tronco  
junto al barranco que corre al pie  
desmelenado, sonoro y bronco,  
busca en el agua para su tronco  
savia que lo haga florecer,

en vuestra pobre vida revuelta  
buscad la savia para soñar,  
hundid la férvida mano resuelta  
en la corriente turbia y revuelta  
y huid hacia la soledad.

Huid, alzando la copa de oro  
a la lejana montaña azul.  
Huid, alzando la copa de oro.  
Que el sol depure vuestro tesoro  
y lo haga perlas, iris, luz...

Dejad que el alma vaya al convite  
tres veces santo de la ilusión.  
Dejad que el alma vaya al convite.  
Dejad que guste su *panis vitae*.  
sin levadura de dolor.

¡Volad, amigos, la altura es bella!  
¡Tal vez el sueño roce al pasar  
en vuestra frente, dejando en ella  
un pensamiento, como una estrella,  
en que palpita la verdad!

A. TORRE RUIZ

## El catarro y la araña

### CUENTO POPULAR

Juntos, en amigable consorcio y no se sabe ciertamente si casados por la iglesia o por lo civil, pero haciendo vida íntima y marital, tiraban de la pícara existencia el catarro y la araña.

Cuanto la noche los juntaba los separaba el día y, al encontrarse entre dos luces, bajo un frío voladizo, se daban mutua y menuda cuenta de los afanes en que cada cual había empleado la jornada.

La araña, ardiente, viva y nerviosa, apenas necesitaba de abrigo; pero, percatada de la debilidad y vejez de su compañero, le arrojaba y envolvía cuidadosamente en sus finas telas y, tanto le amaba, que hasta

su acezo asmático y sus tos, llena de hipos y matizada de angustias, eran gratos a sus oídos.

Una noche, en que la helada les tenía desvelados, dijo al catarro su tierna esposa:

—Hijo, no se puede vivir en este pueblo. Las mujeres son cada día más limpias, los chicos cada vez más insolentes, los caminos más frecuentados y hasta las tierras y las viñas que antes se araban de año en año, las están ahora revolviendo constantemente con esas malditas máquinas. Así es que yo me quedo, la mayor parte de los días, sin poder tejer una tela, ni tender un hilo, y ni siquiera puedo atrapar uno de esos ricos mosquitos que son tan de tu gusto y de los cuales te servías para propagar eso que antes llamábamos tercianas y cuartanas y hoy han bautizado los médicos con el extraño mote de paludismo...

—Pues si tú andas mal, yo ando peor ¡ejem! ¡ejem!—dijo el catarro echando espundias por la boca.—Hasta la gente humilde gasta chaleco de estambre y de franela o cuando menos de algodón; el que no tiene capa se manga la anguarina; los antiguos encerados, por cuyo tejido me colaba, son ahora cristales que no pasa más que el sol, las grietas de puertas y ventanas han desaparecido con las pinturas, a las paredes del hostigo las recubren con latas y me paso los días acurrucado en los quicios de las puertas, esperando a penetrar en las casas en volandas de algún aire colado ¡ejem! ¡ejem!, pero ni este recurso me queda ya ¡ejem! ¡ejem!, porque cada día inventan una cosa nueva para evitarlo y en el casino, que era mi gran refugio, han puesto una mampara giratoria, a manera de cuenta ovejas, que no deja lugar ni para un mal resfriado ¡ejem! ¡ejem!...

—Se me ocurre una cosa—dijo la araña poniéndose la octava patita en la frente—se me ocurre que mañana vayas tú a casa del herrero, que tiene las puertas de la fragua abiertas de par en par y es hombre de grandes pulmones donde tú podrás trabajar a gusto y caliente, y yo me iré a casa del cura que, distraído en sus rezos y preocupado con su pie de altar, no ha de fijarse en mí.

—Gran idea; me parece, digna de tu excelso magín, amada mía...

El catarro, después de una tos cromática, con tonos naturales, bemoles y sostenidos, cayó más que en sueño, en un sopor, y la araña, estirando todas sus patas vellosas, quedó, como una estrella, inmóvil sobre el tálamo.

Al llegar el alba, y poniendo por obra sus propósitos, el buen catarro se dirigió a la fragua y la espiritual araña a la casa rectoral.

Encontró el primero abiertas de par en par las puertas como esperaba y, sin ceremonias, en una gran bocanada de aire aspirada por el herrero, al dar con el mazo sobre el yunque, se le coló en el pulmón izquierdo.

—¡Ajaja!—dijo el catarro: ¡Vaya una entraña hermosa! ¡Que espléndida cabidad! ¡Y que admirablemente funciona! Aquí sí que voy a hacer una labor de filigrana—Y dicho y hecho: comenzó a colocar cuida-

dosamente sobre las paredes, en los repliegues y cavidades de los tejidos, una millonada de microbios que, a buen recaudo, traía en una de las antiguas cajas de rapé. Terminada la obra púsose a contemplarla en un rinconcito esperando ansiosamente el momento supremo, o sea el primer estornudo que señalase la iniciación de la dolencia. Mas ¡oh fatalidad! Cuando con mayor delectación lo esperaba, viendo con alegría dilatarse en extremo las paredes, penetró en el amplio recinto una tromba de aire, un verdadero ciclón que, barriéndole a él con todos sus microbios, le arrojó violentamente a la calle.

—¡Maldito herrero—exclamó el catarro atontecido por el golpe y recogiendo en la tabaquera los pocos miles de microbios que halló a mano—¡maldito hombre! La culpa la tuve yo que no reparé en que tus pulmones son más recios que los fuelles que maneja tu sonique.

Y renqueando y entristecido echó a andar camino de su guarida.

La araña, mientras tanto, tendiendo sutiles hebras de tejado en tejado y cabalgando sobre ellas, penetró por el desván en la casa del cura y, colándose después por una viga carcomida, llegó a la pared frontera de aquella donde el buen párroco tenía la camilla con faldas de bayeta verde y, sobre ella, el libro de rezos, el Crucifijo, los registros parroquiales y *El Siglo Futuro*.

No se dedicaba en aquellos instantes el buen sacerdote a ninguna de las obligaciones de su ministerio, sino a la peligrosísima tarea de hacer pólvora blanca para su escopeta, pesando y midiendo delicadamente el azúcar y el clorato y echando luego la mezcla y atacándola con esmero dentro de cada cartucho.

Mientras tanto, la diligente araña, muy gozosa de presenciar estas interioridades de la vida clerical, teja rápidamente las mallas de su fina urdimbre.

De pronto apareció en la estancia D.<sup>a</sup> Crisanta, el ama del clérigo, armada de un largo varal con unas colas de zorro a la punta y, encarándose con su amo, le espetó, con no excesivo respeto, la siguiente catilinaria:

—Pero Don Fadrique de mi vida. ¿Es esta hora y lugar de esos menesteres? ¿No le tengo dicho a usted que no entre en el despacho hasta que yo limpie y van ya tres días que se me mete usted aquí, así que viene de misa, con esos condenados cartuchos y no me deja usted ni siquiera dar la primera mano? Mire usted, mire usted en aquel rincón —dijo señalando la pomposa tela que la araña iba labrando.

—¿Qué he de mirar?—dijo cachazudo el párroco, calándose las gafas.

—¿Pero no ve usted, santo varón, aquella sinvergüenza de araña que ha hecho allí una tela como un mantón de Manila?

Y, diciendo y haciendo, sacudió airadamente con los zorros y echó en un santiamén a tierra la fina red tejida por la digna esposa del catarro.

Regresó ésta entristecida a su casa y aún más se afligió su ánimo al tener noticia del fracaso de su fiel consorte.

Como ninguno llevó cena, recogieron pronto, y el ayuno, excitando la imaginación colenturienta, les hizo buscar arbitrios para salir de tan apurada situación.

De pronto la araña dió un grito y tornándose al catarro, exclamó llena de alegría:

—¡Ya dí con ella, marido!

—¡Con qué diste mujer?

—Con la salida de nuestros apuros.

Hemos sido unos torpes, esposo mío, hemos errado de medio a medio en lo que hicimos, y con volver las cosas del revés, está todo arreglado.

Yo debí ir a la fragua, donde nadie hubiera estorbado mi trabajo, y tú a los pulmones del ama empecatada, que tan mal trato me dió, y de allí no te saca ningún estornudo en todo el año.

Y patatín, patatán, que así quedó convenido y, apenas amaneció, la araña se fué pían pianito a la fragua y se pasó allí el crudo invierno haciendo grande acopio de gusanos, sin que nadie la molestara y tejiendo grandes redes que a veces, con el tiempo seco, se esponjaban sobre el hojato del tejivano y a veces, cuando llovía, pendían lacias, como girones de encaje, de los renegridos cuarterones. Y el catarro, colándose bonitamente en el pecho del ama del cura, invernó allí, cuidado a boquita qué quieres, con caldos, flores cordiales, leche con bizcochos, miel sobre hojuelas, torrijas, natillas y otras exquisitas golosinas, desde los primero fríos hasta el cuarenta de Mayo.

Y así pudo vivir feliz un año más aquel extraño maridaje que celebraba sus misterios bajo un frío voladizo.

Y colorín, colorao, está mi cuento acabado.

«Y si, lector, dijeres que es comento,  
Como me lo confaron te lo cuento.»

Y si quieres saber la moraleja  
Dame *pa* mi zamarra una pelleja.

LUIS MALDONADO  
C. de la R. A. E.

Salamanca-30-IX-15.

## Rima

*En la oscura penumbra del salón se ha extinguido  
del reló centenario la vocecilla feble.*

*Tengo el alma suspensa en un ensueño vago...*

*Por la abierta ventana, sobre el campo, se muere*

*la tarde. Es una tarde tibia de primavera,*

*mística en su silencio y, en su quietud, solemne.*

*Lejos se escuchan voces y cánticos: los ecos*

*del domingo en la aldea. Hasta mí llegan leves*

*con el grave y el rítmico sonar de los panderos.*

*El campo, envuelto en luz crepuscular, se siente*

*más verde y más jugoso que cuando, al mediodía,*

*los rayos de oro y fuego, a pleno sol, le hieren.*

*Quisiera en este dulce remanso de quietud*

*decir al alma mía: no luches más, detente;*

*haz eterno este instante, recógete en el blando*

*refugio que te brinda su eternidad y duerme.*

*Un lucero me mira mudo, desde el abismo.*

*Por detrás de los montes, sin luz, la noche viene.*

## Soneto

*Oh, aquel frutero de uvas ambarinas  
de mis gratas meriendas infantiles!*

*¡Oh, aquel viejo reló, con sus seniles*

*jadeos y sus lindas sonatinas!*

*Y el oculto rincón, tras las cortinas,*

*donde unos frescos labios juveniles*

*trazaron en mi frente los perfiles*

*de un amor, a las luces vespertinas.*

*¡Oh, balaustrada de forjado herraje*

*siempre mirando el familiar paisaje*

*que hizo mi vida reposada, quieta...!*

*Infancia... Juventud... ¿Dónde habéis ido?*

*Si pudiera enterraros en olvido*

*o empezar a vivir...*

*Llora el poeta.*

FRANCISCO DE COSSÍO

## CUENTOS LEONESES

## Las Cadenas

Frunció don Luis el entrecejo, con expresión de disgusto, de contrariedad, cuando, al elevar los ojos del libro en que leía, sentado bajo el corredor de su casa, advirtió que el horizonte ofrecíase a su vista preñado de cárdenos nubarrones, que iban robando la luz al espacio. En rigor, lo que atrajo su mirada, para inquirir el aspecto de la atmósfera, fué un golpe de viento abrasador que, rastreando por la tierra caldeada en el sol ardiente de aquella tarde estival, hizo revolar las hojas del libro con los sucios torbellinos de aire que, pueblo adelante, siguieron invadiéndolo todo. La calle, antes soleada, quedó de súbito casi por completo oscurecida, e igual repentino cambio experimentó el pedazo de campiña que se veía al frente.

¡Tormenta segura! Nuevas ráfagas de aire soplaron con ímpetu irresistible, arrastrando consigo sofocantes trombas de un polvo cegador; vió don Luis a varios vecinos correr desalados en opuestas direcciones; crugieron puertas y ventanas al rudo empujón del viento; la tierra pareció estremecerse toda, como sacudida por un temblor extraño, y el firmamento vió cubierto su azul por la imponente mancha gris que, invasora, fué agrandándose, cundiendo en un avance súbito. Salió entonces don Luis de su casa hasta dar vista a los campos más próximos. Densa oscuridad pretendía envolver a la tierra. La escasa luz, una luz opaca, que parecía culebrear por el suelo en lívidos fulgores de inesperado crepúsculo, peligrosamente se iba absorbiendo por aquel nublado gigantesco, temible, imponente, que se había alojado en la remota altura, cerrando el horizonte.

Era una nube de cuidado. Del Poniente venía, anunciando su proximidad con ese ruido extraño, característico, que en la lejanía parece un desesperado arrastre de cadenas, al decir de los habitantes de la comarca, quienes, al verse sorprendidos, unos en el campo, en sus casas otros, por los presagios de la tempestad, palidieron densamente cuando para sus oídos se hizo al fin perceptible aquel seco, metálico estridor. Rasgando la quietud silenciosa que a cortos intervalos sobrevino después en la tenaz llanura, de una a otra linde, avisándose, previniéndose ante el peligro cada vez más próximo, cruzábanse voces y reniegos, que se reproducían con mayor fuerza cuanto más intenso se escuchaba aquel fatídico tableteo fraguado en el seno de la lejana nube.

Don Luis extendió su mirada por el monótono paisaje de aquellos campos tan sombríamente extensos como por naturaleza fértiles, y vió cabecear las espigas, a los rudos latigazos del viento, en un oleaje furioso. La dilatada planicie leonesa, quebrada levemente por ondulaciones ímidas, presentábase uniforme, no tanto por la horizontalidad del suelo, siempre renovada ante los ojos, como por la absoluta homogeneidad de los cultivos. En aquella soledad inmensa

desnuda de árboles y cuya austeridad penosa dulcificaba el verdor de los sembrados, ponían a una gran distancia su límite las pardas lomas, cubiertas de frondas esteparias, detrás de las cuales, allá lejos, muy lejos, entre la bruma del Norte, la tierra iniciaba su accidentación para erguirse después en irritada crispatura. Fuera de eso, todo era llana inmensidad, prolongada extensión, sumida entonces en una grisura misteriosa y trágica. Arriba, la nube rugiente, que avanzaba entoldando el cielo; abajo, la yerta llanura, tendida en infinita prolongación, y en medio, haciéndose respirar en densas bocanadas, un ambiente de fuego desprendido del sol canicular, implacable, que la nube había ocultado en su seno profundo y lóbrego, del cual llegaban, con fugaces intermitencias, los siniestros ecos de aquel simulado entrechocar de férreos anillos.

—¡Las Cadenas!—oyó don Luis gritar con indecible angustia a algunos labriegos que, consternados, dirigíanse veloces hacia el pueblo, con los semblantes demudados por el terror. Echó también sus pasos el rico hacendado en dirección de la aldea, si bien con menos miedo y más calma, cuando hubo de percibir los ecos distantes de un agudo sonido metálico. Era la campana de la iglesia, que hacía resonar su voz en lo alto de la torre, y cuyo monótono repique, más que un retador conjuro que pretendiese ahuyentar la amenazadora tormenta, parecía un lastimero quejido en solicitud medrosa de perdón. Y, en tanto, cuando don Luis llegó a la plaza del pueblo, ya se hallaban congregados allí, en actitud intranquila y en revuelto tropel, casi todos sus habitantes, a quienes el estridente sonar lejano de lo que ellos denominaban *las cadenas* había puesto el espanto en el rostro y en el alma una ansiedad infinita.

Creció el espanto, al menos, cuando a los pocos segundos rodó sobre las cabezas de los asustados campesinos un trueno formidable. Fué un trueno prolongado que hizo retemblar la llanura. La nube, como atraída por la campana, dió el último avance, colmó el espacio, borró todo horizonte y, cual si deseara oprimir a la tierra con su negrura letal, pareció adherirse al suelo para infundirle sus estertores, que revelaron de pronto la existencia de ignoradas inmensidades, puestas ahora ante los ojos dilatados por supersticioso terror. Entonces ya cesaron las vacilaciones. Cuando don Luis se aproximó a aquel tumultuoso grupo de gente formado por gran parte del vecindario, y que iba engrosándose cada vez más, pudo enterarse al fin de lo que ocurría. Tratóbase de avisar al párroco del pueblo para que viniese a conjurar la tormenta. Con esto no hacían otra cosa sino obedecer a la convicción, arraigada entre la gente campesina, de que el cura poseía la virtud de alejar todo peligro cada vez que una tempestad se presentaba en el horizonte. Siempre que alguna nube llegaba a visitar la comarca, era sabido ya: los vecinos todos del pueblo volaban a casa del párroco a pedir «la conjura». Que saliese también ahora a leer los exorcismos y aplacara la tormenta, que esta vez llegaba más temible que cuantas otras habían aparecido en el cielo de aquellos páramos leoneses. Para ello recibía anualmente el pastor de almas una ofrenda por concepto de conjuros y bendición de campos.

A creencia tan firme había contribuido en mucho, sino en todo, la circunstancia importantísima de que, durante los cinco lustros que hubo de durar el sagrado ministerio del anterior párroco, jamás nube alguna produjo en los campos daños de consideración, ni mucho menos recordaba nadie que se hubiesen perdido las cosechas. Aquel ministro del altar, chapado a la antigua, prototipo de curas rurales, había acudido siempre, con la diligencia que permitían sus crasitudes, a desafiar con los Evangelios en la mano la amenaza fatídica de

cuantas nubes hubieron de asomar su hosco ceño por el borde del horizonte que enmarcaba aquellos contornos. Y tal eficacia ponía en sus conjuros; tal era el éxito que alcanzaban los exorcismos del buen sacerdote, que una fe ciega, fe campesina, fué siempre la que habían depositado todos sus feligreses en aquel hombre rudo, de abotagado rostro, pero de excelente fondo de hombre de bien, creyente a puño cerrado y persona de sencillísimas costumbres. Hasta se había dado la circunstancia de sobrevenir la tormenta en ocasión de estar ausente el cura, por hallarse en algún pueblo limítrofe, y volar allá, en busca suya, reventando caballos, dos o tres vecinos comisionados por toda la feligresía para hacerlo venir, con el mayor apremio, en defensa de los campos amagados por la pavorosa tempestad.

El sucesor no era lo mismo: bien lo echaba de ver el pueblo. Aquel curita joven, de un carácter abierto y un criterio con vistas a la moderna, no era, ciertamente, lo que cuadraba a la firme piedad, a la invariable devoción que ardía como llama inextinguible en los recios pechos de sus fieles. Aquel hombre regocijado y decididor, al par que un tanto humorista, no inspiraba la menor fe a su rebaño. Por eso, sobre si había de irse a llamar o no, mediaron algunas vacilaciones, entre la muchedumbre congregada en la plaza del pueblo, antes que el primer trueno estallase; mas en seguida que el terror se apoderó de los ánimos, visto el peligro inminente, toda indecisión fué vencida ya. Y a la rectoral se lanzó la multitud en busca del jacarero presbítero.

Respondiendo a la agitación de los ánimos, la nube seguía desarrollando su furor con creciente brío. Cielo y tierra parecían estremecerse en el febril deseo de confundir sus estertores. El ambiente habíase teñido de un color que prestaba lividez a los semblantes, ya empalidecidos por el miedo. Arreciaba el fragor de la tormenta, y las voces humanas resonaban débiles bajo el estampido de los truenos que, retumbando en la altura, sucedíanse con más frecuencia, precedidos del intenso fulgurar de los relámpagos. Parecía venirse abajo el mundo, que el firmamento se rajaba por la mitad. Con la premura que demandaban las circunstancias, la puerta de la rectoral fué aporreada sin compasión por los vecinos del pueblo. Era preciso ganar hasta el momento más breve, pues veían echárseles encima toda la celeste cólera, e infundíales un invencible horror contemplar el lóbrego antro donde el rayo estaba forjándose. Por fin, al requerimiento de los estrepitosos aldabonazos, se asomó a la ventana el cura.

—¡Cómo canta!—exclamó en tono festivo, refiriéndose a la nube. Llamara-das de ira en los ojos, tenazmente elevados hacia él, y murmullos de rencor mal contenido fueron los comentarios que hubo de merecer semejante exclamación.—¡Siempre había de salirse aquel hombre con alguna de sus chungas! ¡Pues bonita era la ocasión para venirse con chacotas! Que se dejara en paz de burlas y acudiera pronto a su deber.—Y así que se abrió la puerta, todos quisieron subir para hacerle a él bajar. Le expusieron rápidamente su comisión, y ni negativas, ni consejos, ni reflexiones pudieron disuadir a aquella gente. Resistióse el cura; censuró tal superstición; calificó de brujería el acto de salir a mojarse en medio de las tierras, precisamente, con el fin de espantar una nube que era por sí sola muy bastante para poner espanto en el corazón más resuelto. Todo inútil. Había de ir con ellos a conjurar la tormenta. Siempre se había hecho así. ¡Había de ir con ellos, o sí no!... La reticencia produjo su efecto, y hubo que ceder.

Cuando el cura salió de su casa, seguido de aquella abigarrada multitud de hombres y mujeres, con el forzado propósito de ahuyentar la tempestad, desa-

fiándola en campo abierto con las armas del exorcismo, hallábase en todo su apogeo la nube. Lívidas fulguraciones de instantáneo incendio se repetían incessantemente, presagiando los ensordecedores estampidos que retumbaban por el cielo atronando el espacio. Arrastradas por el viento, gruesas gotas de agua venían a azotar los rostros de cuantos formaban en aquella extraña comitiva, quienes veíanse en la precisión de abatir sus rudas testas para no sentirse cegados por el sucio polvo que la lluvia, casi torrencial a los pocos instantes, hacía desprenderse de la tierra reseca por los ardores del sol. Creerfase que iba todo a anegarse bajo la furia de aquella manga de agua, cuyo vertiginoso descenso resolvíase en iracundos latigazos sobre los desamparados campos cubiertos de mies. ¡Lo que habían sufrido aquellos infelices labradores en espera de la benéfica lluvia!

Pero no era aquel golpe de agua, con su cortejo de relámpagos y truenos, lo único reservado por la entraña de la nube para vomitarlo sobre la campiña. Cuando, inciertos, vacilantes en aquel avance penoso contra los elementos airados, llegaron a dar vista a sus campos los pobres labriegos, con el párroco al frente, una luz súbita cegó sus ojos y un estruendo simultáneo y horrible paralizó sus piernas. ¡Allá va!... Prendió la chispa en los aires al roce brutal de los dos flúidos que se amagaban, y el látigo de fuego, tendiéndose sobre el dorso de la nube, hendió el espacio con un chasquido gigante. Las mujeres todas, los chiquillos, hasta los hombres retrocedieron con espanto, lanzando a un tiempo suplicantes exclamaciones con temblorosa voz. Tras la caída del rayo, durante algunos breves momentos arreció la lluvia, a la que siguió después un silencio más imponente aún. Aquel leve respiro de la implacable tempestad fué aprovechado para conjurarla; mas pronto el fulgor del rayo volvió a incendiar el ambiente, y el estampido de cada descarga vino a turbar el acto litúrgico, aumentando el terror de la gente campesina, que saludaba la aparición de uno y otro relámpago santiguándose con nerviosa rapidez.

El semblante del cura había perdido su alegre expresión, y el ritual temblaba en sus manos, agitadas por el miedo que sentía ahora el joven sacerdote. Resultaba un espectáculo doblemente curioso ver al párroco mascullar, sin aquella su sorna escéptica, pero también sin fe en lo que hacía, palabras ininteligibles para aquellos rudos creyentes, mientras éstos dirigían anhelantes miradas de interrogación al libro primero y al cielo después, como esperando ver subir las oraciones en triunfante ascensión hacia las nubes para contrarrestar su cólera. Y como si todo ello hubiera sido una farsa grotesca, que hiciese reír, con trágica carcajada, a los elementos aliados por siempre para engendrar la tempestad; como si la última exhalación eléctrica, que al caer hizo estremecerse todo en una convulsión espantosa, hubiera querido aligerar la nube, según como desgarró su vientre, de la grave carga que la afligía, apenas la rústica ceremonia dió fin, una copiosa lluvia de blanca piedra cayó de pronto y con horrible estruendo sobre los feraces campos. El agua benéfica, el agua ansiada, cristalizó súbitamente en lo alto, y, entregándose al viento, bajó el granizo, que al descargar sobre la tierra su furia lo arrasó todo. ¡Aquello sí que semejava una inmensa carcajada diabólica, muy en armonía con las fugaces sonrisas de lumbre antes forjadas por el cielo!

Cuando la nube cesó, y los labriegos, que habían huído del pedrisco lanzando desesperadas imprecaciones, salieron a reconocer sus tierras, los campos sin fruto ya, parajes de acostadas mieses, ofreciéronse a sus ojos como un triste cementerio en que únicamente reinaba la desolación. ¡A enterarse de todo

su infortunio! Y recorrieron sus fincas, y todo lo examinaron, persuadiéndose al fin de que su desgracia era irreparable. Emprendieron nuevamente el camino del pueblo las pobres víctimas del espantoso drama desarrollado en el espacio. El día había muerto ya, y para dar paso a una noche tenebrosa agonizó la luz entre convulsiones eléctricas. ¡Qué anochecer! ¡Qué regreso a sus moradas, ahora más tristes, más desiertas, porque la esperanza las abandonó! «¡No hay cosecha ya! ¡todo se ha perdido! ¡ya nada podrá cogerse! ¡Adiós pan de todo un año! ¡adiós sueños, alegría!... ¡adiós trabajo inútil, muertas ilusiones!...»

La noche pasó con relativa tranquilidad en las alturas, mientras abajo se desarrollaba en los espíritus la tormenta de una desesperación horrible. El cielo estuvo mandando agua a la tierra, en suave descenso, casi hasta el amanecer. La piedra, aquella maldición de lo alto, se había disuelto en la mansa lluvia caída después... ¡después! como un sarcasmo hecho al infortunio. Aquello era una burla intolerable, en la que el cura había tomado la parte principal. Así es que contra él se sentía indignado el vecindario en masa. De otros pueblos, al ser de día, llegó el anuncio de que la comarca entera había sido apedreada por igual; mas para los habitantes de este pueblo, que todos en absoluto habían perdido la recolección del año, ningún consuelo venía a suponer tal equidad en la desgracia común. Sobre todo, en nada se estimó disminuída por la extensión del siniestro la culpabilidad del cura.

Reunidos nuevamente los feligreses todos, y cerciorados por completo de la verdad de su ruina, sin vacilar un instante, todos a una, dirigiéronse a la casa del párroco con el firme propósito de hacerle ver cómo quedarán las tierras labrantías al ser apedreadas por la nube. Que se enterara del enorme daño ocasionado por su ineptitud o por su mala fe, que todo podía sospecharse. El cura se encontraba en la iglesia entonces, y apenas hubo terminado la misa, casi a viva fuerza fué sacado de allí, sin permitirle entrar en su casa, y conducido fuera del pueblo entre la turba de mujeres y chiquillos, cuyo griterío era incesante y a veces ensordecedor, sobre todo cuando el joven cura intentaba oponer una nueva resistencia a la insólita determinación de los indignados labriegos. Varios vecinos de los de alguna significación hubieron de repartir persuasivos mogicones para evitar otros propósitos que trataba de poner en práctica gran parte de aquella rencorosa muchedumbre.—Nada de maltratarlo, ¿eh? Para que se enterase del daño que había hecho al pueblo no era menester atropellarle así.—Y el mísero cura, lleno ahora de una santa resignación, seguido en triste, lento cortejo por sus feligreses, por todo un pueblo que creía haber sido objeto de una burla criminal, llegó jadeante, sudoroso, a las tierras más inmediatas, desde donde podía apreciarse la extensión de aquellos campos asolados.

La mañana tan triste, el aire todavía húmedo, el cielo encapotado aún, como si las nubes, al elevarse perezosamente, se alejaran gozándose en su obra destructora, todo parecía infundir honda pena. Tierras adelante, continuó la forzosa peregrinación del cura. Llevábalo a remolque aquella gente, que ya no rugía como antes en continuos denuestos. A ratos imperaba en aquel séquito doloroso un mutismo de aparente tranquilidad; pero al llegar a cada finca, prorrumplía su dueño, en unión de sus hijos, de su familia entera, las mujeres sobre todo, en las más amargas lamentaciones. Y así al aproximarse a otra tierra, y a la otra, y a la siguiente. El infeliz cura guardaba obstinado silencio; hallábase a punto de caer desvanecido. Y a cada heredad que iban visitando, el respectivo amo y señor de aquellas fincas reproducía las imprecaciones, cuyo tenor llevaban sus deudos entre lloros y gemidos, mientras los no interesados

en aquel destrozado seguían su marcha detrás, con mayor lentitud, estrujando el casi desmayado cuerpo del sacerdote, en temor de que se escapara. El pueblo entero estaba apiñado allí, y semejaba un monstruo enorme de mil bocas que alternativamente lanzaran fieros rugidos, con intervalos de un silencio aún más penoso. Y cuando el párroco se veía frente a aquellas tierras, semejantes ayer a un tranquilo mar verde que amarilleaba a las caricias del viento, a cuyo compás ondulaban los trigos en cambiantes de esmeralda y oro, y contemplaba la campiña, ahora convertida en triste paraje de donde la vida huyera espantada, y sus frutos muertos en flor, llegaba a imaginarse que, efectivamente, él debía ser el autor de aquel inmenso estrago, y hasta se preguntaba a sí mismo: «¿Pero de veras he hecho yo todo esto?» Y todos sus feligreses, todos los damnificados por la tormenta, pretendían llevarse al cura consigo para hacer ante él un inventario más de su infortunio; todos quisieron arrastrarlo a sus heredades, olvidándose de sensatas advertencias y maltratando aquel joven cuerpo con sus garras encallecidas, hasta que el infeliz párroco cayó al impulso del bárbaro empujón de aquella multitud. No podía más; era demasiado. —«¡Basta! ¡Ya basta!»—Y a duras penas consiguió, al fin, desprenderse de las garras vengadoras que física y moralmente habían agotado las escasas energías del pobre cura.

En pos de él y lentamente el vecindario regresó a sus casas, y, al pasar ante la de don Luis y ver a éste a la puerta, fueron numerosos los vecinos que se detuvieron a hacer en presencia suya los más vivos comentarios sobre sus propias adversidades. Don Luis escuchaba en silencio, reflejando en su semblante una amarga sonrisa de compasión hacia sus interlocutores. Expusieronle éstos la precaria situación a que se veían reducidos por la inepticia de aquel representante de la fe divina, lo que estaría evitado si a los curas que careciesen de virtud para conjurar las tormentas les enviasen a otros pueblos que se hallaran libres de esa continua amenaza. Y cuando don Luis, con cierta sorna, les replicaba que la fortuna del antecesor párroco no era motivo suficiente para exigirle a la actual, los rudos campesinos, tercos en su firmísima creencia, respondían siempre en los mismos términos. Si en el cura no tenían a Dios, ¿para qué necesitaban entonces al cura? ¿De qué les podía servir, si Dios no le otorgaba ese poder de evitar tanto mal a sus fervientes devotos? Porque, en tal caso, maldita la falta que el cura hacía al pueblo.

Don Luis quedó verdaderamente espantado ante la psicología peculiar de aquellos espíritus paupérrimos. Veía planteado el árduo, tremendo problema en el mismo seno de la fe. Aquella raza sometida a una pródiga divinidad, amparadora de los intereses personales, de los medros egoístas, revelábase en fiero reto contra su Dios cuando una decepción brutal venía una vez a advertirles que la Providencia no se mostraba tan solícita como debiera en las humanas vicisitudes. Y, reflexionando amargamente sobre esto, don Luis no podía olvidar las palabras oídas de labios del mismo cura, poco antes de que en pos suyo regresaran los feligreses y después de haber recorrido aquel viacrucis, cuyo recuerdo le hacía sufrir angustiosamente como una tenaz pesadilla. Sacerdote de una religión de cuya fe sinceramente participaba, pero cuyos fieles eran mucho más creyentes aún, exclamaba contristado: «¡Señor! O dame esa virtud a mí, o quitáles a ellos tanta fe, porque si no va a ser cosa de hacer intentos por quitársela yo mismo. O haz que tenga más poder yo, o haz que ellos crean menos».

Don Luis echó en cara a los tercos labriegos su exaltada credulidad, aquella peligrosa desviación de la fe. También él había sufrido daños inmensos en sus

haciendas, y, sin embargo, más que estas pérdidas materiales, le había causado una tristeza profunda la visión del triste cortejo formado por el vecindario en derredor del pastor espiritual, que caminaba, a despecho de sus convicciones, por las sendas de un fanatismo cuyo punto de mira era tan sólo un mezquino interés. Era aquel el pueblo judío, el mismo pueblo judío, pero crucificando a su propio reconocido Dios en la persona de su representante. Eran los de siempre, los de la fe sin abnegaciones; los que prefieren la muerte de un sér querido a la pérdida de la cosecha; los que en todo consienten menos en perder dinero. Y cuando a tales consideraciones respondían de un modo invariable los testarudos campesinos acusando rabiosamente a quien culpaban, más que de la mengua de su fe, de la ruina de sus campos, antes al abrigo de la desgracia, indignábase ya seriamente don Luis de ver cómo aquella interesada superstición labriega no estimaba que son cosas muy distintas impetrar la protección del Cielo y extremar la fe después hasta el límite de referir a las potencias celestiales la culpable causa de un daño que infructuosamente pretendieron evitar humanas súplicas. Indignábase, sí, y todavía, antes que aquellos seres naturalmente supersticiosos, fanáticos, irredentos, empezaran a desfilar cabizbajos, rehuyendo las palabras de acerbo reproche de don Luis, éste hubo de manifestarles cómo, más aún que a las nubes del cielo y al arrastre de cadenas que las anuncia, debían temer a las cadenas de la esclavitud, forjadas para el entendimiento por una fe egoísta que tenía amarrado el espíritu a la roca de su ignorancia, y a esa otra nube que así empañaba los ojos de su razón.

Le dejaron solo. El mediodía había llegado. Una aguda percusión metálica hirió de pronto en los aires. Era la campana de la iglesia, aquella campana que sonara el día antes con trémulo plañir al acercarse la nube. Era la realidad, la triste realidad, que contestaba a aquel hombre deseoso de redención. En el ambiente húmedo, oprimido por las cerradas nubes; en aquel ambiente de tristeza, venido de lo alto resonó el anuncio del mísero sustento, cuyo problema se ofrecía pavoroso durante todo un año. Todos los actos de aquella gente se regían por esa campana; ella presidía sus existencias, aquellas vidas, más que vidas conscientes, girones de instinto humano ciegamente repartidos por los campos sin fruto de la tierra. Al conjuro de aquel sonido quedó desierta la calle; todos los vecinos se fueron dispersando, alejándose lentamente, hundiéndose en sus casas, en aquellos antros de su miseria, dejando oír los gemidos lastimeros de sus puertas, que también parecían cerrarse con dolor. Y aún la campana siguió sonando...

H. GARCÍA LUENGO

## DE MÚSICA

## El patriotismo en el arte

Vergonzoso es para nosotros los españoles el abandono que de nuestra música hacemos, y el abuso en prodigar la extranjera.

Esa invasión de la opereta vienesa que en estos últimos años se ha adueñado del espectáculo teatral, de los conciertos y hasta de los bailes, no ha debido consentirse nunca, porque ni el teatro español necesita de esa producción extranjera para vivir, ni los conciertos y bailes hubieran dejado de celebrarse, suprimiendo esa música en sus fiestas.

Si las Sociedades de Autores y Actores que existen en España, si las Filarmónicas y Centros artísticos oficiales o particulares que tanto abundan, si los empresarios, editores y artistas tuvieran menos egoísmo y más amor al arte patrio, ese terrible mal, ese odioso extranjerismo que todo lo invade, no hubiera sentado sus reales en nuestro suelo, y mientras los compositores españoles luchan desesperadamente con la casi indiferencia de su público, éste enriquece a Franz Lehar, a Leo Fall, a Juan Gilbert y a otros que *no son más músicos* que Vives, Jiménez, Saco del Valle, Luna, Bretón y esa gloriosa baraja de gente nueva que dará mucho que decir en el mundo musical y cuyos comienzos no pueden ser más brillantes.

Hasta hace poco tiempo, las carteleras de los teatros constantemente anunciaban «La Viuda Alegre», «El conde de Luxemburgo», «Las princesas del dollar», «La Casta Susana», etc. etc., usurpando el puesto a la producción nacional, que en su extenso repertorio cuenta con obras grandes como «La Dolores», «Curro Vargas», «Don Lucas del Cigarral», «La canción del Náufrago», «Margarita la Tornera», y otras muchas—sin remontarnos a otra gloriosa época, de tantos éxitos como estrenos;—y actualmente nuestros compositores han triunfado con «La generala», «Las golondrinas», «Maruxa» y las de un acto tales como «La corte de Faraón», «Molinos de Viento», «Los cadetes de la Reina», y otras que forman un gran catálogo de verdaderas joyas de nuestro teatro lírico, que por derecho propio y alternando con los estrenos de autores nuevos, nunca han debido caerse del cartel anunciador, y mucho menos ceder el puesto y los derechos a la opereta vienesa.

¡Esto no ocurre más que en España! Aunque con gusto hay que confesar que vamos cambiando de rumbo de poco tiempo a esta parte.

Por lo que a conciertos musicales se refiere—salvando contadas excepciones—, nuestra indiferencia por nuestros músicos es bien patente, pues pocas veces figuran en los programas obras de compositores españoles con méritos sobrados para alternar con maestros que por ser extranjeros, nosotros, los cándidos pueblerinos, llamamos *consagrados*, mientras que a los de casa, en vez de alentarlos, los despreciamos perezosamente.

Teniendo autores que han producido y producen bellísimas obras, ya para orquesta, coros, cuartetos (el género más difícil de componer), violín y piano, canto, etc., etc., es injusto que los españoles no conozcamos casi nada de nuestra música de concierto, y en cambio, hasta cuando marchan nuestros soldados lo hagan actualmente al compás de la marcha de «Eva» o del arreglo de «La Viuda Alegre» cuando nosotros somos los creadores del airoso paso-doble, el pasa-calle, o la brillante marcha española que como ninguna otra música popular, lleva el alma nacional y determina firmemente nuestro carácter.

Los programas de las audiciones que se dan en España, se componen generalmente de tres partes, y cada una de tres o más obras, pero es raro ver un lugar destinado a nuestra producción nacional, que va siendo abundante y digna, gracias al esfuerzo particular de los compositores, pues si todas las Sociedades y Corporaciones civiles y militares hicieran frecuentes concursos musicales *verdad* para autores y ejecutantes, otorgando recompensas en metálico—pues ser músico y ser pobre es la misma cosa—y publicando las obras premiadas, vendiendo o regalando la edición para que la producción de música española fuera bien conocida dentro y fuera de la patria, por esos nobles medios es indudable que rápidamente llegaríamos a formar un nuevo, extenso e interesante repertorio tanto teatral—que es el que más llega al público—como de conciertos, y *siendo más españoles* de lo que somos, confirmaríamos el buen concepto que en el extranjero se empieza a tener de los músicos y de la música española y hasta de las cosas de España; y cumpliríamos con el deber de patriotas en el arte maravilloso de los sonidos.

AURELIO GONZÁLEZ

# Dos sonetos

ESPAÑA EN DON QUIJOTE

**G**inete en Rocinante, prosigue el caballero  
de la triste figura, su heroica odisea:  
en la mente la grata visión de Dulcinea,  
junto a sí, sobre el rucio, su rústico escudero.

Galante con las damas, retador y altanero  
con los que no atestiguan la verdad de su idea,  
no hay empresa laudable por difícil que sea,  
que no intente amimoso su genio aventurero.

Con sus armas mohosas, sin ayuda y sin guía,  
confiado en el logro de la emprendida hazaña,  
en la derrota muéstranse su temple y su hidalguía.

Espíritu de hierro, cuerpo de frágil caña,  
llegar quiere a la meta sin conocer la vía,  
Don Quijote es la imagen, el símbolo de España.

AL AUTOR DE LA COMEDIA DEL ALMA HUMANA

**D**e todas nuestras glorias, la cifra es y la suma  
su gloria, que más grande será que ayer, mañana,  
para la patria Iberia, no tantos lauros gana  
la espada de sus heroes, como ganó su pluma.

Un soplo de ironía las páginas perfuma  
de su libro, comedia de la pobre alma humana  
en la que con lo grande lo pequeño se hermana,  
sin que ella de esos trazos el enlace presuma.

Y riendo, en la historia del ingenioso hidalgo,  
los desengaños cuenta que cosecha en la vida  
el que codicia o sueña, ya sea cuerdo, ya loco.

De Quijotes o Sanchos, todos tenemos algo,  
y de enseñarnos luego la experiencia se cuida,  
que es nada siempre el ansia por lo mucho o lo poco.

CÁNDIDO R. PINILLA

## NOTAS DE MI CARTERA

## "Punta - Brava,"

El ídolo bayamés de antillana rebeldía, con los arrestos de invencible Anteo, escapaba a la vigilancia constante de la famosa trocha militar, y la frágil embarcación que a costas habaneras le condujo desde el Mariel, era como el trazo de unión entre el desaliento de esterilidad en una lucha cuyo popular entusiasmo se extinguía a otros horizontes de vida y de acción en campos de oriente, donde el guerrillero cubano multiplicaba su valer y su prestigio.

El más alto capitán *manigüero* esperaba de aquel paso costero imprevisible y arriesgado, el resurgimiento bélico, pujante, devastador, que amenazase el corazón de la Isla y fuese el jalón de una conquista definitiva.

Era el 7 de Diciembre de 1896, cuando, alboreando, Maceo, seguido de contadas personas, hacía un alto en *raid* veloz, a orillas de una laguna misteriosa, cantada por la agreste musa *mambí*: «*También el Ariguanabo bajo una ceiba se oculta; desde la loma del Gallo, desciende blanco de espuma*».

Algo avanzado el día, el guerrillero llegaba al campamento de San Pedro, vífcoreado por sus tropas, que se iban concentrando en aquel apartado *vivac*, para luego ir en derechura a la capital isleña. Los palmares subidos en las lomas, agitaban sus pencas al beso de la brisa, como llamando a las huestes libertadoras, que la manigua bravía, abría paso franco.

Estupendo acontecimiento, increíble osadía del guerrero broncíneo, elevado hoy a rango inmortal en la tierra que limitan la punta de Maisí y el Cabo de San Antonio.

Aquellas *partidas* ya tenían cabeza y corazón, que creyeron perder para siempre en los combates del Brujo, acorralados en los montes de Pinar del Río, detenidos los supremos esfuerzos ante los *blokaus* y alambradas de una trocha que cerraba el paso estratégico de mar a mar...

Por eso la llegada del célebre mulato a la heredad de *Lombillo*, fué como el *simón* africano que impetuosamente recoge diminutas moléculas, para conjuntamente lanzarlas en bloques irrompibles...

—¡Fuego, fuego!—grita un centinela encaramado en el ramaje de una palmera.

—¡Fuego, los españoles!—gritan todos. Efectivamente, dentro del campamento sonaban estampidos de fusilería.

Una pequeña columna española, como una oruga gigantesca que desprende sus anillos, seguía adelante señalando su isócrono vaivén por los *jipis* amarillentos que un sol tropical tornaba en oro mate.

Y estos soldaditos, ya entrenados en las duras jornadas de la guerra colonial, como aquellos sus antepasados que capitaneaban los Cortés y los Pizarros, los Legazpi y Magallanes, habíanse introducido dentro del *vivac*, sorprendido y rodeado el cerco, arrollado avanzadas y escuchas, y con un fuego violento, horroroso, incesante, por ráfagas, hería y mataba al núcleo insurrecto, que, presa de estupor, disparaba sin tino ni valor, y caía acribillado por el candente plomo de la española infantería, que gallardamente movía sus alineadas secciones de un extremo a otro del palmar memorable, sembrando el desaliento y la muerte...

\*

Una sacudida eléctrica de entusiasmo y esperanza, recorrió la Patria toda. Desde la capital de la monarquía a la insignificante aldea colgada como nido de águila en la serranía abulense, la noticia se tradujo en un júbilo indescriptible. ¡Se acabó la guerra! Y parte del pueblo en alas de su proverbial fantasía veía más; veía el cuerpo ensangrentado de aquel cabecilla atado a la cola de un caballo, y la entrada solemne en la Habana de los restos del feroz enemigo de tantos años, baluarte que resistía a veces el empuje de las columnas, o burlaba con sus estratagemas a los perseguidores tenaces.

La fantasía popular no concebía otra cosa, como complemento a la ruidosa victoria; como no concibe la muerte del caudillo, más que jinete en su alazano, la diestra en alto, empuñando el desnudo acero, y arengando, siempre arengando. Rasgos, gestos, *pose*, el adobo sin el cual todo resulta incompleto, imperfecto.

Y la fantasía de entonces arraigó con fuerza en los corazones, cuando la realidad fué muy otra, como ocurre muchas veces.

Esas pequeñas reflexiones hacíamos, cuando los cañonazos disparados por las fortalezas de la Habana, festejando a la Purísima Concepción, llegaban uno tras otro, apagados y con lenta majestad, al oculto sendero del *Cacahual*, donde unos supervivientes del combate, escondían el destrozado cuerpo del paladín, y se juramentaban para guardar silencio del lugar donde se enterró al ídolo.

¡Y lo que es la guerra! En aquellos momentos, no lejos del ignorado lugar, camillas y parihuelas vaciaban en fosas cavadas de prisa, los restos de los héroes que en el eterno sueño del mártir abonaron la tierra cubana, ya fecunda, al pie mismo de las copudas ceibas que con su quietud solemne señalaban a las sufridas columnas volantes, la tumba sagrada de hermanos valerosos...

JOSÉ A. YAQUE

## Quiero ser prisionero...

Llevo en mis venas mozas toda la sangre ardiente  
de una raza indomable que no sabe fingir;  
la estrella del romántico brilla sobre mi frente,  
busco un palacio nuevo donde amar y sentir.

Lucho contra esta farsa delincuente y cobarde,  
quiero arrancar al mundo su risible antifaz,  
por ver si tras las cumbres donde rueda la tarde  
surge el Disco sublime de Redención y Paz.

Quiero sembrar el campo donde mi madre reza,  
de valor y heroísmo, de hidalguía y nobleza;  
quiero ser de las almas otro nuevo Colón...

Y si al final no encuentro la tierra prometida,  
quiero ser prisionero, para entregar mi vida  
sobre la cruz de un Gólgota sublime de Pasión.

A. GARRACHÓN BENGOA

## Registro bibliográfico

Vicente Gay, cuyo hondo conocimiento de las cuestiones económicas y sociales es notorio, ha publicado un hermoso libro de actualidad: *El Imperialismo*.

Es lo singular de este libro que su autor le había ya compuesto cuando estalló la guerra europea, y que, por los extremos en él estudiados, resulta verdaderamente profético. No se desatiende en él ninguno de los puntos capitales en el complejo problema que actualmente preocupa al mundo entero.

•He compuesto este libro—escribe Gay—para combatir la apatía sentida entre nosotros hacia los ideales internacionales que mueven a los pueblos modernos, grandes o pequeños. Fuera de estas corrientes está colocado gran parte del pensamiento español, por no decir todo él, siendo preciso salir del aislamiento mental y político, no sólo por deber cultural, sino también por tener España hondos problemas en su vida de relación internacional, so pena de vernos apartados y sin asistencia en el momento de los grandes conflictos en los cuales se juegan los destinos nacionales. Por falta de difusión cultural, de conocimiento de la vida mundial, no se ha formado en España el sentido ni el criterio internacionalista que equivale a la revelación de los propios destinos; falta entre nosotros la concepción internacionalista o mundial, lo que

los alemanes llaman la *Weltanschauung*, tan necesaria para la marcha de un pueblo como la brújula para el navegante.»

Es, en suma, *El Imperialismo*, un hondo tratado de política internacional teórico-práctica.

\* \* \*

Los Ateneos de Madrid, Valladolid y Salamanca han aplaudido con sobrada razón a César de Medina Bocos por la lectura de los versos contenidos en su libro *Espigas y racimos*.

La inspiración de este poeta es sana, fresca y espontánea. No es su musa, felizmente, la cortesana pálida y neurótica que tantos incautos adeptos ha tenido en estos últimos años, sino la campesina castellana, natural, ingenua, de alma pura y transparente, como lo son sus rasgados ojos y el cielo que la cubre.

Entre las muchas excelencias de César de Medina, esta es, a nuestro ver, la primera: la de escribir sus versos *ex abundantia cordis*, sin buscar refinamientos y artificios que cuadrarán muy bien en los vates que conocen a Mimí y beben ajeno, pero inconcebibles en aquellos otros que pisan el terruño de Castilla y tienen a su vista un horizonte libre de obstáculos. Si de una égloga de Meléndez Valdés dijo alguien que *olía a tomillo*, de los versos de Medina puede decirse que saben a pan candéal.

Quien desee, pues, gustar versos netamente castellanos, lea el *Convite*, *Pintando del natural*, *Mi veraneo*, *La cuba vendida*, *El puño de simiente...* Allí se descubre la genuina inspiración del autor; allí aparece el poeta, cabe el rústico sendero, cultivando su viña y diciendo afablemente:

Yo aquí me quedaré, mientras Dios quiera,  
poniendo el alma entera  
en ajustar la música sencilla  
de mi canción sincera,  
al compás con que arrojo la semilla  
y al golpe de la tosca podadera.

\* \* \*

El insigne escritor D. Adolfo Bonilla y San Martín, cuya admirable labor no se interrumpe ni un solo momento, ha dado últimamente a la estampa tres libros: un coloquio filosófico, *Proteo o el devenir*; un estudio acerca de *El divino Valles*, que sirvió de prólogo al libro de los Sres. Marco y Ortega sobre el médico burgalés; y otro estudio biográfico-crítico acerca de Menéndez Pelayo, inserto primeramente en el *Boletín de la Academia de la Historia*.

El *Proteo* es una brillante renovación de los diálogos platónicos, donde la sabia y honda penetración del filósofo se complace en amontonar dificultades para despejarlas con habilidad sutil. El folleto sobre *El Divino Valles* encierra en pocas páginas un insuperable diseño, donde se muestra de cuerpo entero la personalidad científica del famoso médico de Felipe II. El estudio sobre Menéndez Pelayo es superior a todo elogio: nada se ha escrito que dé a conocer la vida y obras del llorado maestro como este concienzudo trabajo del Sr. Bonilla.

No es en la breve noticia bibliográfica de una revista donde se puede encarecer el mérito de estos inapreciables libros. En la imposibilidad, pues, de escribir

algo digno de ellos, limitémonos a gustar los abundantes caudales de erudición que encierran y a expresar nuestra gratitud por la atención con que la bondad de su autor nos ha honrado.

\* \* \*

Entre los modernos críticos literarios, el P. Eguía ocupa lugar preferentísimo. Si de antes de ahora no lo supiéramos, vendría a patentizarlo así su libro *Literaturas y literatos*.

El P. Eguía es un perfecto conocedor de las literaturas modernas; sabe la representación que en cada una de ellas tienen los escritores más en boga, y aprecia justa y certeramente las mutuas influencias que hoy se dejan sentir en el campo literario. Su perspicacia crítica percibe las relaciones más delicadas.

Después de un capítulo de crítica general—tan bien escrito como todo el libro, pero, confesémoslo, de criterio un tanto rígido,—siguen otras dos secciones de excepcional interés, dedicada la primera a las literaturas extranjeras, consagrada la segunda a la literatura española. Las figuras de Björnsterne Björnson, Fogazzaro y Sienkiewicz, aparecen presentadas de mano maestra. Son tres estudios acabados. La exposición clara, brillante, persuasiva, corre parejas con la certeza e intensidad de los juicios. La crítica del P. Eguía se cierne desde lo alto, amplia y majestuosa.

Tal sucede también en los capítulos referentes a nuestra literatura. En trazos firmes y seguros deja exactísimamente dibujada la fisonomía de Pereda, de Menéndez Pelayo, de Vital Aza, de Benavente, de Ricardo León, de Llorente y Maragall, de otros escritores varios, acompañando el vigoroso diseño de un comentario penetrante.

A modo de jugoso apéndice, lleva el libro un estudio sobre *la crisis del simbolismo* en Francia y en España, rebosante de sana y nutrida doctrina. Todo ello—preciado realce del libro,—explicado con un estilo abundoso, flexible y lleno de expresión.

\* \* \*

Tiénesse con razón a Cándido Rodríguez Pinilla como uno de los más hondos, de los más intensos poetas de nuestro solar castellano. El cielo, al negarle la luz, ha derramado profusamente en su alma ideas y sentimientos.

Pinilla ha publicado últimamente, con prólogo del genial Unamuno, un libro de versos: *El Poema de la tierra*. En el anterior a éste, *Cantos de la noche*, el poeta salmantino desplegaba su lirismo entre dulces notas de melancolía; ahora busca raudales de consuelo en el campo y entona un himno a la madre tierra.

Apenas se comienza la lectura de este libro con los briosos versos de *Oferitorio*, siéntese el sublime influjo de la naturaleza. Alza el poeta su voz en loor de la «tierra, musa inmortal, madre bendita», y reivindica para ellos los recuerdos venerandos de tiempos eglógicos, como fuente suprema de inspiración y abundosa bienhechora de los hombres:

«Y tanto y de tal modo te prodigas,  
que generosa y fuerte  
al hombre das, en premio a sus fatigas,

por cada gota de sudor que vierte,  
 un racimo, una flor, unas espigas.  
 ¡Tierra madre del hombre y amor mío!  
 Mi piedad a la tuya se adelanta:  
 no temas mi desvío,  
 porque incapaz de un sacrilegio impío,  
 te miro como cosa sacrosanta.»

El libro de Pinilla nos lleva suave y apaciblemente a vivir la vida del campo. Aspiramos las emanaciones de la alquería; asistimos a la elegía lamentable de los árboles caídos; vemos a la gentil paverilla o al triste mendigo errante por el llano; contemplamos cómo fluye entre juncos la fuente cristalina, cuya descripción por sí sola constituye una página de oro; sorprendemos al sembrador arrojando sobre el terruño la prolífica lluvia de semillas, y a los segadores entregados a su penosa faena; escuchamos el acordado canto de los ruiseñores ocultos en la huerta o en las zarzas del cementerio campestre... Todo ello saturado de verdad, de encanto, de poesía.

Sólo la exquisita sensibilidad de un poeta como Pinilla puede trazar cuadros como el de *El viejo pastor* o exhalar acentos como los de la tierna *Oración de la tarde*. La madre tierra le da su aliento; y cuando, brioso el cuerpo y fortalecido el espíritu, reanuda la jornada, puede ir diciendo con voz sosegada:

    Mi bordón empuñando de peregrino  
 otra vez animoso vuelvo al camino,  
 donde exhausto de fuerzas, de aliento falto,  
 tuve que detenerme y hacer un alto  
 bajo el rústico techo de una alquería  
 que saumé con saumerio de poesía...

\* \* \*

Con el título de *Siluetas escénicas del pasado* ha publicado Narciso Díaz de Escovar una primorosa colección de artículos históricos, de costumbres, anécdotas, biografías, etc., referentes al teatro español. El conocido poeta malagueño, que comparte el culto a su musa privilegiada con el ameno relato de cosas pretéritas, lleva ya publicados diversos trabajos que muy pronto integrarán los anales completos del teatro español.

Estas *Siluetas* se distinguen también por su curiosidad anecdótica. Los clásicos y vagabundos *autores de comedias*; los aventureros que formaban diferentes grupos de representantes, desde el *bululú* y el *ñaque* hasta la *farándula* y la *compañía*; toda esa tropa, en fin, que caminaba errante por pueblos, villas y ciudades, desfila en este libro con sus alegrías y sus tristezas, sus vicios y sus virtudes. La figura de los Olmedos y Riquelmes, de los Ríos y Rojas, que en los *patios de comedias* hicieron la delicia de nuestros antepasados, surge en este libro llena de animación y colorido.

El reconstituir la historia de nuestro teatro es una de las labores más interesantes y a que deben prestar atención preferente investigadores y eruditos. Dicho se está, pues, que la tarea emprendida por Díaz de Escovar merece unánimes elogios.

\* \* \*

El profesor de la Habana D. José A. Rodríguez García, uno de los escritores latinos de mayor talento y más amplia cultura, ha publicado un tratado de *Literatura preceptiva*. Libro altamente didáctico, clara y sencillamente escrito, como lo requiere su objeto, puede servir de modelo en esta clase de obras.

No es Rodríguez García de los que rechazan en la enseñanza literaria novedades y reformas de método, siempre que tengan cabal justificación; pero tampoco las admite por el solo gusto de hacerlo así, sin pararse a depurar su conveniencia, como va siendo prurito entre algunos tratadistas. Su clarividencia en estos asuntos le lleva naturalmente a seleccionar.

«No se enseña bien—escribe el catedrático cubano al hablar de la *Didáctica*,— si el saber no es preciso, claro, perfectamente ordenado; si el estilo y el lenguaje no reflejan esas cualidades; por donde la obra didáctica ha de tenerlas, para que no haya en ella más dificultades que las naturales en la adquisición del conocimiento, y aún éstas se disminuyan y hasta desaparezcan por las excelencias del texto.» Rodríguez García predica con el ejemplo: su *Literatura preceptiva*, por lo acertado del plan, por lo seguro de la exposición, por su transparente lenguaje, cumple de todo en todo aquellas cualidades.

Los que conocemos triunfante en más arduas empresas al sabio profesor de la Habana, no hemos de sorprendernos ante este libro, que realiza el ideal en la enseñanza de la literatura.

\* \* \*

*La batalla de Lucena y el verdadero retrato de Boabdil*. Este título, que por sí solo despierta la curiosidad, lleva un libro que ha publicado últimamente Don Agustín G. de Amezúa.

Es Amezúa diligente investigador y expositor aménísimo de cosas viejas. Su edición de *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, premiada por la Real Academia Española, es una de las más primorosas que de este género se han publicado en España. No sabe allí el lector qué admirar más, si la varia erudición del prólogo y las notas, llenas de interés, o la gallardía de un estilo de fragante casticismo y singular transparencia.

Otro tanto puede decirse del libro a que en estas líneas nos referimos. Tras el punto principal sobre que gira la investigación, téjese una brillante trama de observaciones curiosas, de filigranas descriptivas, de exquisitas galas literarias, que mantienen constantemente vivo el interés.

Boabdil, el Rey Chico, salió de su recinto de Granada para reducir a la obediencia a las ciudades rebeldes de su reino; llegóse a la villa de Lucena, cuyo Alcaide Don Diego Fernández de Córdoba, mozo menor de veinte años, estaba ya apercebido a la defensa; intentó, ya que por la fuerza no fuese posible, apoderarse de la plaza por medio de la astucia, consiguiendo tan sólo con ello dar tiempo a que llegara en auxilio de los cristianos el valeroso conde y señor de Cabra; y, fugitiva la gente de Boabdil, hubo de venir a un encuentro con su enemigo en el camino de Loja, del cual salió desbaratada. El triste monarca, muerto su caballo, quiso esconderse en la espesura de sauces, zarzas y tamariscos; pero varios peones cristianos le hicieron prisionero y como tal pasó a las mazmorras del castillo de Lucena. Fué allí sin duda donde un pintor cristiano hizo su retrato, de faz sombría y melancólica, ceñida al cuello, a modo de dogal, una cadena de recios eslabones...

La historia de la batalla de Lucena; la del cautiverio de Boabdil; el origen del

retrato, o de los retratos, más bien, que circularon por Andalucía, representando al Rey Chico; la inquisición crítica del autor que pintara el hoy perteneciente a Don Luis Valdés: tales son las cuestiones que toca en su libro el Sr. Amezúa. Libro vívido y animado, que muestra la sabia labor del erudito, pero que también, con irresistible sugestión de poesía, evoca el recuerdo de

los árabes palacios labrados con encajes,  
los cármenes regados por fuentes de marfil.

---

*Parnaso colombiano.*—Nueva antología, esmeradamente seleccionada.

Acabamos de recibir este interesante libro editado con todo esmero por la popular Casa Maucci, de Barcelona, que siempre se ha distinguido entre todas por el culto que ha rendido a las musas, pues no falta en su catálogo lo más selecto de la poesía mundial de todos los tiempos.

El *Parnaso colombiano*, que nos ocupa, seleccionado con el mayor gusto por el señor Caro Grau, es, sin duda, uno de los libros más completos y valiosos que han visto la luz últimamente y que merecerá los elogios de la crítica más exigente.

No consignamos los nombres de los poetas que comprende, por ser éstos muchos, pero sí agregaremos que todos ellos figuran en el libro por derecho propio y que cuantas poesías se reproducen son de las mejores y más inspiradas, distinguiéndose sobre todo los poetas de la nueva generación, en los que palpita el aliento de la juventud innovadora.

Forma este notable libro un voluminoso tomo de más de 420 páginas, con alegórica cubierta en colores y se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

## Libros recibidos <sup>1</sup>

Julio Pujol: *El Abadengo de Sahagún.*—Madrid, 1915.

Luis Montoto: *La Sevillana.*—Sevilla, 1915.

Blanca de los Ríos de Lampérez: *De Calderón y de su obra.*—Madrid, 1915.

Alejandro Guichot: *Notas acerca del cultivo de las artes y de las ciencias, y especialmente de la filosofía, en Sevilla.*—Sevilla, 1915.

José A. Rodríguez García: *De la Avellaneda.*—Habana, 1915. Biblioteca Studium.

M. Antonio Dolz: *Pasando la vida...* Habana, 1915.

Gustavo Robreño: *Historia de Cuba. Narración humorística.*—Habana, 1915.

J. B. Jaramillo Meza: *Bronce Latino.*—Habana, 1915.

Lino Villar: *El Precipicio.*—Habana, 1915.

Eugenio d'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo.*—Madrid, 1915.

---

<sup>1</sup> De ellos se hablará en números sucesivos.

## Notas y comentarios

En estos últimos meses, y con motivo de la discusión sobre las zonas neutrales, se ha hablado mucho del regionalismo castellano.

Por circunstancias muy diversas, que tal vez haya ocasión de exponer en otros números de la REVISTA CASTELLANA, nosotros estamos convencidos, no sólo de la posibilidad, sino de la necesidad de afirmar en Castilla el sentimiento regionalista, que no es incompatible con el de otras comarcas, sino afín y complementario. De ese modo tenderíamos por instinto a fomentar y defender nuestros intereses, y se evitarían hechos verdaderamente lamentables.

Tenemos un ejemplo reciente en el despojo de documentos que se hizo al archivo de Simancas, para trasladarlos, bajo pretextos tan deleznable como inhábiles, al Archivo Histórico Nacional, cosa que no hubiera sucedido a palpitar la conciencia regionalista. Seguros estamos, no obstante, de que si se intentara repetir el hecho sabrían impedirlo nuestros representantes en Cortes.

\* \* \*

En algunos ejemplares del número anterior, y en el artículo titulado *El Castillo de Ponferrada*, de nuestro querido colaborador D. Eloy Díaz-Jiménez y Mollada, se cometió un error de ajuste, con la alterada colocación de varios párrafos que, naturalmente, destruía el sentido del original.

A continuación, y por las palabras de su comienzo, se indican éstos en el orden que realmente debían llevar:

- § 13 Al finalizar el siglo XII, y probablemente por concesión de los reyes...
- 14 Los nuevos poseedores bien pronto reedificaron el castillo...
- 15 De las construcciones realizadas por los Templarios...
- 16 Los cuadrados unidos y como si nacieran de tal modo...
- 17 Para hacer comprender que estaban unidos como hermanos...
- 18 Esta combinación simbólica tenía en su centro la cruz...
- 19 La primera de seis largas puntas...
- 20 La rosa formaba un círculo compuesto de detalles...
- 21 Extinguida en 1512 la Orden de Caballería del Temple...
- 22 En el año de 1540 Don Alfonso XI le donó a su Mayordomo...
- 25 En vano el mal contento conde se apoderó...